

CUANDO PILATO SE OPUSO

HUGO CORREA

El *Tierra*, alto como un rascacielos de cuarenta pisos, se erguía imponente entre las dunas del desierto azul. Al norte una cordillera, cuya dentada cumbre hendía el cielo, se extendía a lo largo del horizonte hasta que sus últimas estribaciones, en forma de mano, penetraba en el arenal como quietas garras afiladas. Por el oeste y el sur solamente el yermo que, a la luz del sol, despedía iridiscentes destellos.

Tras la cordillera, sobre sus faldeos septentrionales, en cuevas revocadas con barro aglutinado, disimulados sus accesos por hirsutos bosques, vivían los dumis. Desde la sala de mando, situada bajo la aguzada proa, el capitán Ortúzar —hombre robusto, bajo y cejjunto, con una expresión colérica troquelada en su rostro, sin la cual sus aplastados rasgos habrían parecido faltos de relieve—, repantigado en su asiento, observaba en la pantalla del televisor diversas escenas de las poblaciones dumis, que el explorador automática —un minúsculo helicóptero teledirigido— captaba y transmitía al cohete.

—¡Qué mezcla de reptiles e insectos! Jamás podríamos convivir con ellos.

—Es una imposibilidad social —apoyó Murchinson, el ingeniero de vuelo estelar.

—Y en la Tierra todavía se atreven a mencionar la incomunicabilidad de los espíritus. Debemos felicitarnos de nuestra condición humana.

—Bueno, imagino que los dumis también se dirán lo mismo, pero a la inversa.

—Sí, el optimismo es la calidad esencial de lo viviente. Sin embargo creo que esos bichos se sienten avergonzados de su aspecto y costumbres: las investigaciones de Rossi lo confirman.

—Mm. Eso está por verse, capitán. Su imprevisto servilismo bien puede ser una estrategia. Me parece una actitud exagerada.

Porque múltiples y contradictorias fueron las reacciones ante el arribo del hombre. Empezaron con el asesinato a mansalva de Véliz: una de sus venenosas lancetas traspasó al radioperador y su cuerpo, que se hinchó horrorosamente hasta reventar, fue devorado en medio de una gran algarabía. No conformes con eso, se lanzaron contra el cohete en un mal urdido ataque. El *Tierra* —una inexpugnable fortaleza, cuyas alarmas descargaban automáticamente su artillería— repelió la agresión en medio de un chirriar de carnes correosas y bocanadas de rojo humo. La totalidad de los pueblos dumis habría sido incapaz de tomarse la astronave, aunque hubiese contado con algún rudimento de organización militar.

Y ocurrió lo inesperado: los dumis depusieron sus armas y, con el más abyecto servilismo, ofrecieron a los hombres el gobierno de sus territorios; reconocían así la superioridad humana.

Treinta días deberían permanecer los expedicionarios en el nuevo mundo antes de volver a la Tierra. La oportunidad de asegurarse la conquista decidió al capitán Ortúzar, jefe de la expedición, a aceptar la oferta, siempre que los dumis se mantuvieran lejos del *Tierra*, pues su repulsivo aspecto y fetidez natural

los hacían vecinos poco gratos. La condición fue aceptada con humildad. Desde esa fecha los hombres pudieron circular libremente entre aquellos seres, recibiendo además su colaboración en los estudios e investigaciones.

—¿Estrategia? No, Murchinson. Si usted llama así al terror, le acepto la idea. Nos temen, Murchinson. Eso es todo. No pueden olvidar esa noche en que un centenar de ellos fue achicharrado en un abrir y cerrar de ojos. ¿Hay estrategia que valga frente a una técnica infinitamente superior? Multiplique por mil la diferencia entre los conquistadores españoles y los aborígenes americanos: aún así se quedaría corto en la relación hombre-dumi.

El televisor enfocaba a Rossi, el arqueólogo, parado ante una construcción similar a una torre trunca.

—Capitán, esto es el paraíso de la amoralidad: canibalismo, anarquía, política, hurto legalizado y otras cosillas del mismo corte. Y, ¿sabe una cosa? Están muy felices así. Sólo un aspecto de la civilización humana les ha llamado la atención. Usted se va a reír: les ha impresionado la historia de Cristo. Jamás han tenido un redentor.

—¿Cree usted que les ha hecho falta? En ese sentido su evolución no se ha visto entorpecida.

—¡Pero este es un pueblo antiquísimo, capitán! Y usted ve que su civilización es nula.

—Bueno; también puede haber mucho de cretinismo congénito, ¿no?

—Podría ser, aunque meses antes de nuestro arribo había aparecido un profeta.

—¿Un profeta?

—Sí, vive en el desierto, se dice hijo de un ser superior, y algunos dumis acuden todos los días a escucharlo. ¿Qué le parece?

Descendió la noche, anunciada por las sombras de los vecinos montes, las que reptaron sobre las dunas hasta tocar el cohete. Millones de luces perforaron la inmensidad: el *Tierra*, aislado baluarte de otro mundo, despedía metálicos reflejos en la penumbra turquesa. Una estrella enorme, que se destacaba nítida de sus vecinas, derramó una pálida luz desde el cenit.

—Es una *nova*, como creíamos. Apareció hace treinta años, precisamente la noche en que nació el profeta —informó Rossi, en la sala de mando. Una brisa tibia, saturada de efluvios minerales, se arrastró por el desierto—. Esa sería la nueva estrella de Belén, capitán. También se supone que fue una *nova*.

—Al menos nosotros no somos los reyes magos, ¿verdad, Rossi? —agregó con indiferencia—: ¿Estos engendros vinculan la aparición de esa estrella con la llegada del profeta?

El arqueólogo se quedó mirando las tenebrosas montañas del fondo, morada de los dumis.

—No se explayan mucho sobre el tema. Si no hubiesen conocido la historia de Cristo, de seguro que habrían guardado silencio. Aún así son parcos.

—Nada en común tienen los hombres con estas hediondas alimañas, Rossi. Son subproductos de la naturaleza. Así como me he negado a mostrarles el cohete, me niego a considerarlos mis semejantes.

—Cuesta aceptarlo, capitán —apoyó Nasokov, el astrogador jefe.

—Y esa profecía, ¿qué ecos ha despertado entre estas bestias?

—Sólo expectación, la que fue interrumpida por nuestra llegada.

La mayoría de los dumis encontraban ridícula la historia. Pero como el traductor electrónico captaba a medias las voces de su infernal idioma, lo averiguado por Rossi, llenando los vacíos con conjeturas, hacían un todo vago. La doctrina del profeta parecía similar a la del Mesías terrestre: amor al prójimo, humildad, rechazo de los bienes materiales en beneficio de la vida eterna, etcétera. También realizó algunos portentos que podían considerarse milagros: profetizó el arribo del *Tierra* y se opuso al ataque del cohete. Se acarreó así la enemistad de la mayoría; ahora nada querían saber de él. Incluso se hablaba de eliminarlo, para que dejase de perturbar al pueblo dumi.

—Cuenta con algunos fieles, además de un grupo de discípulos, pero tan apáticos que estoy seguro que a la primera lo abandonarán.

—A estos bichos nadie los hará entender, Rossi. Los desequilibrados, esos que creen poder arreglar el mundo, existen en todas partes, así sean gusanos los pobladores de un planeta. Pero los dumis nunca podrán comprender ni los más mínimos principios de convivencia. ¡Se comen entre ellos!

—Sí —asintió Rossi—, arreglan sus malos entendidos en combates singulares, y el vencedor, luego de elegir las presas más apetitosas, deja el resto a la «colectividad». Y se va solo a banquetearse.

—Desconocen la ley y la política. —El capitán acompañaba sus palabras con enérgicos movimientos de sus cortos brazos—. Sólo se unieron para atacarnos, pero sin elaborar ningún plan previo, porque ni para eso les da.

—Pero en más de una ocasión han venido a solicitar su juicio, capitán. Eso ya es algo: toman en serio su papel de súbditos.

—Porque no quieren hacer frente a ninguna responsabilidad. Hemos reemplazado sus rudimentos de gobierno en forma ventajosa para ellos: siguen disfrutando de su libertad, haciendo todas las fechorías que les place, a sabiendas que no intervendríamos en sus asuntos así decidieran devorarse mutuamente en una sola orgía. Lo cual sería una espléndida solución, ¿no? Porque he de decirles una cosa: durante la colonización de este planeta no va a quedar ni un dumi vivo. Estamos procediendo en forma humanitaria porque todavía no ha llegado el momento de poner las cosas en su lugar. Pero cuando los hombres vengán en busca del espacio vital que está faltando en nuestro mundo, comenzará la matanza. Supervivencia, muchachos, nada más. El hombre no va a compartir con el dumi este magnífico planeta, susceptible de colonizar sin recurrir a costosos métodos artificiales.

Las palabras del capitán resonaron con un eco definitivo. Una de la lunas —inmensa como una rueda de molino—, con sus llanuras festoneadas de rojo y gualda, desérticas como las del satélite terrestre, emergía en esos instantes del arenal. Su luz tornasolada envolvió al *Tierra* con un gélido manto.

—¿Qué ocurre?

En la pantalla apareció el rostro de uno de los hombres que montaban guardia.

—El centinela ha detectado un grupo de dumis que se dirige hacia acá, capitán. ¿Qué hacemos?

El capitán pareció asombrado.

—Yo les hablaré.

En breves segundos el explorador, sostenido por su silencioso rotor, se detuvo sobre los dumis. Un haz de luz deslumbró a los monstruos. Retrocedieron agitando sus múltiples brazos.

—¿Qué desean? ¡No deben aproximarse ni un metro más!

El traductor irradió las palabras de Ortúzar por medio del parlante del autómata. Uno de los dumis —que en nada se distinguía del resto— silbó su respuesta, la cual fue captada por los micrófonos del helicóptero.

—Hemos capturado a un individuo que se hace pasar por profeta. Como ha conseguido engatuzar a una parte de nuestro pueblo, deseamos que usted nos autorice para sacrificarlo ante el peligro que separe al pueblo dumi y acarree una guerra.

—¿Desde cuándo están tan melindrosos? —preguntó el capitán a Rossi—. ¿No se matan a diario entre ellos para almorzarse sin consultarnos?

—Únicamente por razones personales, o cuando tienen mucha hambre, capitán. Nunca ha habido guerras entre los pueblos dumis.

—Ah, tienen sus principios.

Permaneció pensativo unos instantes. La muchedumbre, enfocada por el ojo electrónico, esperaba inmóvil la sentencia.

—¿Y si de verdad fuese el redentor? —exclamó el arqueólogo.

—¿Y qué?

—Pues significaría, ni más ni menos, que usted estaría haciendo el papel de Poncio Pilato, capitán.

Ortúzar se mordisqueó las uñas y miró a sus hombres, que guardaron silencio.

—¿Y qué más da después de todo? Ellos sabrán lo que hacen.

—No es tan simple, capitán —replicó Rossi—. Por mucho que pertenezca a una especie repulsiva, ese profeta trata de predicar buenas cosas. Quizá su doctrina cambie a este pueblo. Yo que usted no daría un juicio así a la ligera.

—Sí, es cierto. Me están poniendo en un aprieto.

—Díales que esperen unos minutos.

El capitán Ortúzar, por primera vez en sus cuarenta años de vida, vacilaba. Pero se decidió a seguir el consejo de Rossi. Los dumis contestaron que esperarían allí su decisión.

Ortúzar comenzó a pasearse por la sala de mando. Observó el instrumental reluciente, los complejos cuadrantes, las palancas y botones policromos, las pantallas de radar y televisión, todo el maravilloso instrumental capaz de conducir la astronave a través del Cosmos sin la intervención humana.

«Están condenados. Cualquiera sea mi decisión, en nada alterará su futuro. Les haría un favor si me opusiese al sacrificio de ese profeta. Si una astronave hubiera llegado a la Tierra en vísperas del Gólgota, y su capitán hubiese evitado la Crucifixión, la humanidad no hubiera tenido que esperar tanto tiempo la llegada de la tecnología.»

Se detuvo frente a la biblioteca y, presionando un botón, susurró el nombre de Poncio Pilato ante el micrófono. Una voz impersonal reseñó la biografía del tetrarca.

«¡Qué estúpido! Por eludir responsabilidades perdió la oportunidad de convertirse en el más grande benefactor de la humanidad. ¡Una lavada de manos que sumergió al mundo en quince siglos de tinieblas! Que desencadenó un período de estúpidas guerras religiosas para imponer cosas abstractas, sin ningún resultado positivo.»

Miró el televisor: en la pantalla, el sombrío grupo.

«¡No hay escapatoria para vosotros! En dos siglos más seréis destruidos.»

Se asomó a la ventana. La luz, alta sobre el horizonte, interponía una cortina invisible sobre las nacientes estrellas, tornándolas tenues, casi imperceptibles. Sólo la gran estrella, la *nova*, mantenía su radiante fulgor. Muy pronto el segundo satélite haría su aparición; en el horizonte un resplandor rojizo, como un gigantesco domo transparente, anunciaba su salida.

«Si Dios existe, no cabe duda que se olvidó de los dumis. Y si es que espera mi sentencia en Su Hijo, es evidente que llegó demasiado tarde. ¡Nada podrá hacer para salvar a su pueblo! Sin embargo...»

El capitán se golpeó la frente.

«¡Casi se me va! No debo permitir que ese profeta muera.»

El arqueólogo, Murchinson, y los dos astrogadores se aproximaron al capitán.

—Señores, me opondré al sacrificio de ese profeta.

Se produjo un corto silencio, que interrumpió Rossi:

—¿Está seguro de lo que hace, capitán?

—No se ponga suspicaz, Rossi —rió el capitán—. ¿Cree que trato de hacer una sutileza teológica? No. Soy práctico ante todo: la doctrina de ese profeta convertiría a los dumis en seres mansos y humildes. Y

todavía en la Tierra quedan espíritus retrógrados que, por ese motivo, se opondrían a su exterminio. Sería fatal: los dumis, a la larga, como hijos autóctonos de este mundo, podrían llegar a asimilar nuestros conocimientos y reducir a los hombres, que tendrían en su contra el hecho de ser trasplantados. ¿Han comprendido? Supervivencia, señores. Debemos mirar más adelante y no conformarnos con la labor de meros exploradores. Mi decisión será trascendental para la raza humana, porque no les dejaremos irritantes problemas.

De nuevo fue el arqueólogo el que habló, en vista del silencio de los demás:

—¿No le parece que extrema su acuciosidad, capitán?

—Yo creo que el capitán tiene razón —terció Murchinson—: me parece una idea excelente.

—A mí también —dijo Nasokov.

Los otros asintieron por turno.

—¿Y qué piensa hacer con el profeta y sus discípulos? —preguntó Rossi.

—Encerrarlos en la bodega y llevarlos a la Tierra, simplemente. Servirán de muestra. Es la única manera de garantizar su supervivencia.

—Es que en la Tierra se formarían una excelente impresión de los dumis con esa muestra, capitán —insinuó Rossi.

Ortúzar montó en cólera:

—¡Yo mando aquí, Rossi! Si es preciso mataré a esos bichos una vez que nos encontremos en el espacio para evitar lo que usted dice. ¿O piensa que no lo había previsto?

El capitán se dirigió al televisor y habló con voz seca:

—Mi sentencia es ésta: debéis entregarme al profeta de inmediato.

La respuesta pareció irritada, aunque temerosa:

—¿Podríamos conocer los motivos de esa decisión?

—No; esa es mi sentencia, y debéis acatarla.

—Señor, en este caso especial creemos que usted debe explicar al pueblo dumi las razones que lo movieron a dar ese juicio.

—¿Qué me dicen ustedes? —El capitán se volvió a sus hombres entre divertido y amoscado—. ¿Darles explicaciones a esos engendros? ¡Tienen cada ocurrencia!

Y añadió, dirigiéndose a los monstruos:

—En este caso especial, queridos dumis, se hará lo que yo ordene. Y juro que si no obedecéis os exterminaré a todos. ¿De acuerdo?

Los dumis cambiaron palabras en voz baja. El capitán no perdía de vista al profeta, el cual se distinguía por un raro adorno que surgía de su cabezota.

—Usted manda, señor —la voz llegó incolora a través del parlante—. Creemos que esto es una arbitrariedad porque...

—¡Basta! —rugió el capitán—. Hagan avanzar al profeta y sus discípulos. Y ustedes, a retroceder. ¡Cuidado con intentar una traición!

De mala gana el grupo se abrió para dejar paso a los condenados.

—¡Apúrense! ¡Antes que me arrepienta!

Los quince dumis se alejaron de sus captores, y avanzaron en desordenado tropel hacia el cohete.

—Capitán —tartamudeó Rossi—, dé contraorden. Está cometiendo un error...

Rossi tropezó con una saliente del panel de instrumentos y perdió el equilibrio. Al tratar de recuperarlo dio la impresión de abalanzarse sobre Ortúzar. Nasokov, el más próximo, reaccionó en un abrir y cerrar de ojos: resonó un golpe seco, y Rossi, alcanzado en el mentón, cayó al suelo. Hizo un débil esfuerzo por incorporarse y volvió a desplomarse pesadamente.

—Déjenlo ahí —ordenó el capitán. Y mandó a los que montaban guardia en la cámara de acceso—: Apréstense a recibir al Hijo de Dios. En cuanto haya entrado, tráiganlo a mi presencia.

Agregó, dirigiéndose a los otros:

—Trataré de contener el asco en vista a la personalidad que nos visita.

El grueso de la tripulación dormía. La monstruosa criatura ingresó bamboleándose en el recinto. Recordaba a los arácnidos y lagartos, paralelamente. Cabeza grande, poliédrica, de donde surgían, por cuatro lados, otros tantos ojos de múltiples facetas y raras antenas vibrátiles. Numerosos tentáculos articulados, rematados en extrañas garras afiladas, recubiertos de cerdas, entre los cuales relucían gotículas verdosas, como rocío en el pasto, emergían del informe cuerpo. Placas de una substancia durísima, parecidas a élitros, protegían sus flancos, pecho y espaldas. Caminaba semierguido, apoyándose en un haz de patas cortas y delgadas. La oscura tonalidad del monstruo contribuía a acentuar su fealdad.

Sucesivamente penetraron en el cohete los catorce discípulos, y el dantesco grupo, en el centro de la cámara, ofreció un aspecto que habría podido denominarse de humildad, de haber sido posible asimilar sus actitudes a las humanas. Un olor acre y repulsivo se esparció por el ambiente, a pesar del aire acondicionado.

—Que el profeta, ese que tiene adorno en la cabeza, suba —ordenó el capitán—. Los demás deben esperar ahí hasta nueva orden.

Rossi fue arrastrado fuera de la sala de navegación: aún no recuperaba el conocimiento. Los otros mantenían los ojos fijos en el ascensor: se abrió la puerta de corredera e hizo su entrada el dumi. Avanzó

con cierta majestad, desplazándose con esa curiosa manera de sus congéneres, que parecían caminar al sesgo. Los hombres tuvieron que reprimir un gesto de pavor. El capitán lo conminó a detenerse a una prudente distancia.

—Bueno, imagino que usted estará agradecido con nosotros por haberlo salvado de una muerte segura.

Al decir esto el capitán hizo un rápido guiño a Murchinson, diciéndole entre dientes:

—¿Hablará en parábolas esta alimaña?

—Ciertamente —replicó el profeta. Es decir, emitió una serie de silbidos y chirridos, mezclados con un vagido prolongado, que rebotó en los rincones de la sala. El traductor cumplió su misión en una milésima de segundo y una voz humana, opaca y metálica, retransmitió la respuesta—. No esperábamos menos de la bondad humana.

—¡Ah! —exclamó el capitán. Ahora fueron voces electrónicas, capaces de reproducir con mucha fidelidad la fonética dumi, las que salieron por el parlante. El esperpento torció cómicamente la cabeza para escuchar mejor—: Significa eso que mi intervención no ha contrariado sus planes.

—Hace mil años —replicó el dumi— se hizo una profecía en nuestro pueblo: que los dumis serían redimidos el día que llegaran unos seres del más allá. La primera parte de esa profecía se ha cumplido: los hombres llegaron a nuestro mundo.

—¿La conocía usted, Rossi? —preguntó el capitán, buscando al arqueólogo con la vista. Sólo entonces recordó que aquél dormía en su camarote. Hizo un gesto de contrariedad, y volvió a interpelar al profeta—: ¿Qué más decía esa profecía?

—Que esos seres, pertenecientes a una raza superior, ya redimida, arribarían a nuestro planeta precisamente por la época en que yo estaría predicando mis doctrinas. También se ha cumplido esa parte.

El capitán se puso nervioso. Algo marchaba mal. ¿Por qué tenía que estar conversando con aquél fétido bicho? Ya había cumplido su propósito: estaba en su poder.

—Por último —prosiguió el dumi—, que esos seres tratarían de evitar nuestra redención, oponiéndose a que yo fuese sacrificado.

—¡Oliveira, Fresnay! —rugió el capitán, asaltado por una repentina sospecha.

No alcanzó a completar la orden: el profeta se precipitó sobre él. Ortúzar sacó la pistola e hizo fuego. El monstruo reventó en una nube de humo rojo. Tosieron los hombres, asfixiados por el nauseabundo hedor. Cayeron a tierra, donde se quedaron inmóviles, esfumados sus cuerpos tras la niebla escarlata.

El capitán volvió en sí: se encontró maniatado en una silla. Ante sus ojos, semivelados aún por el narcótico, adquirió forma uno de los dumis. Ahogó un gemido. Varios monstruos deambulaban por la vasta sala, examinando curiosos el panel de instrumentos. No lo tocaban: se limitaban a mirarlo, intercambiando comentarios por lo bajo, que el traductor electrónico no alcanzaba a captar. Persistía en el ambiente el hedor del dumi volatilizado, aunque el acondicionador de aire seguía funcionando. Una garra informe,

velluda, saturada de gotícula, se agitó ante sus ojos. Ortúzar echó la cabeza atrás para alejarse de la bestia. Al mirar en derredor, en busca de auxilio, pudo ver a sus compañeros, también atados, que empezaban a recuperar la conciencia. Pero no tuvo tiempo de seguir observando. Algo le rozó el cuerpo: una lanceta roja, larga como un florete, surgida de una de las extremidades del dumi, se proyectaba sobre su pecho. Sintió la aguzada punta del agujón presionándolo con suavidad. En sus oídos resonaron simultáneamente las sibilantes palabras del engendro, y la voz metálica del traductor.

—Desconecte las alarmas y abra las puertas.

La orden no admitía réplica ni dilación. Ortúzar se dirigió al panel, y accionó varias palancas. Apoyada contra su columna vertebral sentía el extremo del punzón. Las ataduras le permitían mover las manos con cierta desenvoltura. Vagamente cruzó por su imaginación la idea de poner en marcha los reactores: la aceleración del cohete reduciría a la impotencia a sus captores, aunque también los hombres sufrirían los efectos de la inercia. Pero comprendió que la lanceta lo atravesaría antes que el *Tierra*, impulsado por el chorro atómico, comenzara a elevarse.

—Vuelva a su sitio —ordenó el dumi.

Otro dumi se asomó al ventanal para avisar a los de afuera que las escotillas estaban abiertas.

—Habéis mirado en menos a los dumis, hombres —dijo entonces el que hacía las veces de jefe, el mismo que amenazara al capitán, sin duda uno de los apóstoles—. Si bien desconocemos los secretos científicos y técnicos de los humanos, somos grandes sicólogos. ¿Qué mejor que hacerles creer a los hombres que el Hijo de Dios había llegado a predicar sus doctrinas entre nosotros? El hombre no perdería la oportunidad de burlarse de Dios: en su retorcida mente nacería la ocurrencia de oponerse al sacrificio del Redentor. ¡Una demostración que el Hacedor había sido superado! Porque aquél que usted mató, capitán, no era profeta ni el Hijo de Dios; era sólo un dumi corriente. Él y nosotros, sus «discípulos», ingerimos ciertas plantas que, de ser volatilizados nuestros cuerpos por vuestras malditas armas, esparcirían un gas que os reducirían a la impotencia, pero sería inofensivo para nosotros. El éxito superó nuestras expectativas: vuestros ingeniosos sistemas de ventilación llevaron rápidamente ese gas a todo el cohete antes de purificarlo, y todos los tripulantes quedaron a nuestra merced en cosa de segundos. Como ustedes ven, el que murió nos ha redimido.

—¿Redimido? ¿Qué quieres decir? —tartamudeó el capitán.

—Nos ha redimido de ustedes. Escuchen: dentro de doscientos años terrestres, cuando los hombres, cansados de vuestro silencio, lleguen aquí, estaremos en condiciones de hacerles frente. Porque ustedes nos enseñarán todos sus conocimientos y nos convertiremos en un pueblo altamente civilizado. E impediremos que la especie humana pise nuestros territorios.

—¿Y la profecía?

—No conocíamos profetas ni redentores. Venid.

El grupo de prisioneros fue conducido a la ventana de observación. Miles de dumis —fieras siluetas que se movían bajo la luz policroma de las lunas— rodeaban al *Tierra*; muchos entraban en su interior a través de las abiertas escotillas.

—Capitán —balbuceó Rossi—, cuando Nasokov me golpeó quería advertirle una cosa.

—¿Qué?

—Según las tradiciones bíblicas, la redención, debido a su origen divino, no puede ser impedida por nadie.

Ya en descenso la gran *nova*, opacada por las lunas, cintilaba tenue sobre el desierto.

FIN

Libros Tauro